

ses, testigos de vuestras intenciones y de vuestras palabras.

En tal caso, vuestro discurso será el órgano de la verdad, tendrá la sencillez, energía, fuego y magestuosa dignidad que la caracterizan: estará hermoseedo, no tanto con el esplendor de vuestra elocuencia, como con el de vuestras virtudes, y todos vuestros tiros serán certeros, porque traen la persuasion de que vienen de una mano que jamas ha tramado perfidias.

De esta manera, y no de otra, tendreis derecho para declararnos en la tribuna lo que es verdaderamente util; en el foro, lo que es verdaderamente justo; y en los discursos consagrados á la memoria de los grandes hombres, ó al triunfo de las costumbres, lo que es verdaderamente honesto.

Acabamos de ver lo que piensan los filósofos acerca de la retórica: ahora seria menester examinar el fin que se proponen los retóricos, y las reglas que nos han dado; pero Aristóteles ha emprendido el recopilarlas en una obra, en que tratará la materia con aquella superioridad que se ha visto ya en sus primeros escritos.

Los que le han precedido se habian limitado, ya á distribuir con inteligencia las partes del discurso, sin pensar en corroborarlas con pruebas convincentes; ya á reunir máximas generales ó lugares comunes; unas veces á dejarnos

algunos preceptos acerca del estilo ó de los medios de mover las pasiones; otras tambien á multiplicar los ardides para que la verosimilitud prevaleciese sobre la verdad, la mala causa sobre la buena: nadie habia atendido á las partes esenciales, como la de arreglar la accion y la voz del que habla: todos se habian propuesto formar un abogado, sin decir nada del orador público. Eso me sorprende, dije yo, porque las funciones del último son mas útiles, mas nobles y mas difíciles que las del primero. Sin duda se pensaria, respondió Euclides, que un congreso en donde mueve á todos los ciudadanos el mismo interes, debia contentarse la elocuencia con la exposicion de los hechos, y con proponer un parecer saludable; pero que eran precisos todos los artificios de la retórica para mover á unos jueces indiferentes y extraños á la causa que se presenta á su tribunal.

En la obra de Aristóteles se refundirán las opiniones de estos autores, á veces se refutarán, y casi siempre irán acompañadas de reflexiones luminosas, y de notas importantes. Un dia la leereis, y con esto me creo dispensado de añadir mas en este punto.

En vano instaba yo á Euclides; pues apenas respondia á mis preguntas. ¿Adoptan los retóricos los principios de los filósofos? — Muchas veces se apartan de ellos, especialmente cuando

preferen la verosimilitud á la verdad.— ¿Cuál es la principal prenda del orador? — La de ser excelente lógico. — ¿Su primera obligacion? — Manifestar que una cosa es ó no es. — ¿Su principal atencion? — Descubrir en cada materia los medios propios para persuadir. — ¿En cuántas partes se divide el discurso? — Los retóricos admiten muchas, que se vienen á reducir á cuatro: el exordio, la proposicion ó hecho, la prueba y la peroracion; y aun se pueden suprimir la primera y la última. Iba yo á continuar; pero Euclides se excusó, y solamente pude conseguir que me diese un corto número de observaciones sobre la elocucion.

Por rica que sea la lengua griega, le dije, habreis notado que la expresion no corresponde siempre á vuestra idea. Es cierto me respondió; pero nosotros tenemos el mismo derecho que los primeros que formaron la lengua; y así nos es permitido usar de una palabra nueva, sea formándola nosotros mismos, sea derivándola de otra ya conocida. Otras veces añadimos un sentido figurado al sentido literal de una expresion consagrada por el uso, ó bien unimos estrechamente dos palabras para componer de ellas una tercera; pero esta última licencia comunmente está reservada á los poetas, y en especial á los que hacen ditirambos. Las demas innovaciones se deben usar parcamente, y el público no las

adopta sino cuando tienen analogía con la lengua.

La belleza de una expresion consiste en el sonido que se oye, y en el sentido que encierra; se deben desterrar de una obra todas las que ofenden al pudor, ó descontentan al gusto. Uno de vuestros autores, le dije yo, no admite diferencia alguna entre los signos de nuestros pensamientos, y pretende que de cualquier modo que se exprese una idea, se consigue siempre el mismo efecto. Se engaña, respondió Euclides; de dos palabras que se pueden elegir, una es mas honesta y decente, porque no hace mas que indicar la imagen que la otra pone delante de los ojos.

Tenemos palabras propias, y palabras figuradas; las tenemos simples y compuestas; indigenas y extrangeras: las hay que tienen mas nobleza y gracia que otras, porque excitan en nosotros ideas mas elevadas ó mas risueñas; otras, en fin, que son tan bajas ó tan disonantes, que deben desterrarse de la prosa y del verso.

De las diferentes combinaciones de ellas se forman los periodos; algunos de ellos no tienen mas de un miembro; otros pueden tener hasta cuatro, mas no pasar de aquí.

No debe el discurso ofrecer un tejido de periodos completos y simétricos, como los de Gorgias é Isócrates, ni una sucesion de frases cortas

y desunidas, como las de los antiguos. Los primeros cansan la atencion; los segundos incomodan al oido. Variad continuamente la medida de los periodos, y así tendrá vuestro estilo á un mismo tiempo el mérito del arte y el de la sencillez: adquirirá tambien magestad, si el último miembro del periodo tiene mas extension que los primeros, y si termina en una de aquellas sílabas largas, en que descansa la voz cuando concluye.

Conveniencia y claridad: estas son las dos calidades principales de la elocucion.

1º *La conveniencia.* Muy desde el principio se conoció, que expresar las ideas grandiosas con términos bajos, y las pequeñas con expresiones pomposas, era lo mismo que vestir de andrajos á los soberanos del mundo, y de púrpura á la infima gente del pueblo. Igualmente se conoció que el alma tiene diferente language, segun está en movimiento ó descanso; que un anciano no se expresa como un jóven, ni los habitantes del campo como los de la ciudad. De aquí se sigue, que la diction debe variar segun el caracter del que habla, y de quienes habla, y segun la naturaleza de los asuntos que trata, y de las circunstancias en que se halla. Se sigue tambien que el estilo de la poesia, el de la elocuencia, de la historia y del diálogo, se diferencian esencialmente unos de otros; y tambien que en cada gé-

nero las costumbres y el talento de un autor, dan á su diction diferencias sensibles.

2º *La claridad.* Un orador, un escritor debe haber hecho un estudio profundo de su lengua. Si desatendeis las reglas de la gramática, me costará trabajo entender vuestro pensamiento. Emplear palabras anfibológicas y circunlocuciones inútiles; colocar fuera de tiempo las conjunciones que ligan los miembros de una frase; confundir el plural con el singular; no atender á la distincion establecida en estos últimos tiempos, entre los nombres masculinos y femeninos; designar con un mismo término las impresiones que reciben dos de nuestros sentidos, y aplicar el verbo *ver* á los objetos de la vista y del oído\*; distribuir al acaso, como hace Heráclito, las palabras de una frase, de modo que el lector no pueda adivinar la puntuacion del autor; son defectos que coadyuvan igualmente á la oscuridad del estilo, la cual se aumentará si el exceso de adornos y lo largo de los periodos distraen la atencion del lector, y no le dejan respirar; ó si por ir con demasiada rapidez no puede percibir vuestro pensamiento, como sucede con aquellos corredores del Estadio, que desaparecen en un momento de la vista de los espectadores.

\* Esto es lo que ha hecho Esquiles (*in Prom.* v. 21). Vulcano dice que Prometeo no volverá á ver ni voz, ni figura humana.

No hay cosa que mas contribuya á la claridad, que el uso de expresiones admitidas ya; pero si nunca las desviáis de su significado ordinario, vuestro estilo será familiar y rastrero. Para hacerle mas elevado son menester nuevos giros, y expresiones figuradas.

La prosa debe arreglar sus movimientos á unos ritmos fáciles de conocer, y abstenerse de la cadencia propia de la poesia. Los mas destierran de ella los versos, y esta proscripción está fundada en un principio que siempre se debe tener presente; este es, que debe ocultarse el arte, y que un autor que quiere mover ó persuadir, no debe tener la torpeza de decírmelo. Claro es que los versos sembrados en la prosa, indican violencia y pretensiones. ¿Pues qué, le dije yo, si alguna vez sale algun verso en el fuego de la composicion, será preciso desecharlo, aunque sea á costa de debilitar el pensamiento? Si no tiene mas que la apariencia de verso, respondió Euclides, se debe adoptar, pues con eso se engalana la diction; pero si es conforme á regla, debe romperse, y emplear los fragmentos en el periodo, con lo que será mas sonoro. Muchos escritores, aun el mismo Isócrates, se han expuesto á la censura, por no haber tomado esta precaucion.

Glicera, al formar una corona, no atiende menos á la colocacion de los colores, que un autor

á la armonía de los sonidos, cuando es de oído delicado. En este punto son muchísimos los preceptos. Yo los suprimo; pero se suscita una cuestion, que he oído disputar varias veces. ¿Se pueden poner seguidas dos palabras, cuando la una acaba con la misma vocal con que empieza la otra? Isócrates y sus discípulos evitan escrupulosamente este concurso; lo mismo Demóstenes en muchas ocasiones; Tucídides y Platon, rara vez: algunos críticos lo reprobaban con rigor: otros ponen restricciones á la ley, y defienden que una prohibicion absoluta perjudicaria algunas veces á la gravedad de la diction.

He oído hablar, dije entonces, de las diferentes especies de estilos, tales como el noble, el grave, el sencillo, el agradable, etc. Dejemos á los retóricos, respondió Euclides, el trabajo de describir sus diversos caracteres, pues ya los he indicado todos en dos palabras: si vuestra diction es clara y conveniente, habrá en ella la debida proporcion entre las palabras, los pensamientos y la materia: nada mas se debe exigir. Meditad este principio, y no extrañareis las aserciones siguientes.

La elocuencia del foro se diferencia esencialmente de la de la tribuna. Al orador se le perdonan los descuidos y repeticiones, que se acriminan en el escritor. Hay discursos que se aplauden en la asamblea general, y no pueden resistir á

la lectura , porque la accion era lo que les daba valor : hay otros que están escritos con mucho esmero , y no causarian efecto en el público , si no se acomodasen á la accion. La elocucion tira á deslumbrarnos con su magnificencia , y se hace friisima cuando carece de armonía , cuando las pretensiones del autor están demasiado á la vista ; y para valerme de la expresion de Sófoles , cuando hincha excesivamente los carrillos para soplar por un pito. El estilo de algunos oradores es insufrible , por la multitud de versos y palabras compuestas que toman de la poesia. Por otra parte , Alcidas nos fastidia con la profusion de epitetos ociosos ; y Gorgias por la oscuridad de sus metáforas traidas de muy lejos.

La mayor parte de los hipérboles , derraman un frio mortal en nuestras almas. Reios de esos autores que confunden el estilo forzado con el vehemente , y hacen contorsiones para abortar expresiones ingeniosas. Hablando uno de ellos de la roca , que Polifemo lanzó contra la nave de Ulises , dice : « mientras esta roca hendia los « aires , las cabras pacian tranquilamente sobre « ella. »

Muchas veces , le dije , he notado el abuso de las figuras , y tal vez seria necesario desterrarlas de la prosa , como hacen algunos autores modernos. Las palabras propias , respondió Euclides , forman el lenguaje de la razon ; las expresiones figuradas , el de la pasion. La razon puede

diseñar una pintura , y el ingenio esparcir sobre ella algunos ligeros adornos ; á la pasion solamente toca darle movimiento y vida. El alma que quiere obligarnos á participar de sus sentimientos , llama en su ayuda á toda la naturaleza , y se forma un lenguaje nuevo : descubre entre los objetos que nos rodean , puntos de semejanza y de oposicion , y acumula rápidamente las figuras , reduciéndose las principales á una sola , que yo llamo semejanza. Si digo : *Aquiles se abalanza como un leon* , hago una comparacion. Si hablando de Aquiles , digo sencillamente : *este leon se abalanza* , hago una metáfora. *Aquiles , mas ligero que el viento* , es un hipérbole. Oponed su valor á la cobardia de Térsito , y tendreis una antitesis. Así , la comparacion aproxima dos objetos ; la metáfora los confunde ; la hipérbole y la antitesis no los separan sino despues de haberlos aproximado.

Las comparaciones convienen mas bien á la poesia que á la prosa : el hipérbole y la antitesis , á las oraciones fúnebres y á los panegiricos mas que á las arengas y á las defensas. Las metáforas son esenciales á todos los géneros , y á todos los estilos : hacen peregrina la diction , y dan novedad á la idea mas comun. El lector queda suspensó por un momento , y al punto descubre al traves de transparentes velos las relaciones que

le ocultaban, solo con el fin de darle el gusto de descubrirlas. Hace poco que todos se pasmaron al oír un autor que comparaba la ancianidad á la paja; á esa paja, antes cargada de grano, ahora esteril y próxima á convertirse en polvo. Pero se adoptó este emblema, porque pinta, con una pincelada, el paso de la juventud florida á la infructuosa y fragil decrepitud.

Como los placeres del alma estriban en la sorpresa, y no duran mas que un momento, no lograreis el mismo fruto usando otra vez de la misma figura; porque pronto irá á confundirse con las palabras ordinarias, como otras muchas metáforas que la necesidad ha multiplicado en todas las lenguas, y principalmente en la nuestra. Estas expresiones, *voz clara*, *costumbres austeras*, *ojo de la viña*, han perdido su estimacion haciéndose comunes.

La metáfora ha de poner la cosa en accion, si es posible. Mirad como todo se anima donde Homero pone el pincel: la lanza está *ansiosa* de la sangre del enemigo: el dardo *impaciente* por herirle.

Preferid, en ciertos casos, las metáforas que recuerdan ideas alegres. Homero dijo: *la Aurora con los dedos de rosa*; porque quizá habia observado que la naturaleza aumenta la hermosura de una bella mano, derramando en ella un tinte de color de rosa. ¿Qué seria la imagen si hu-

biera dicho: *la Aurora con dedos de púrpura?*

Cada figura ha de presentar una conformidad adecuada y sensible. Acordaos de la consternacion de los Atenenses, cuando Pericles les dijo: *nuestra juventud ha muerto en el combate; que es lo mismo que haberle quitado al año su primavera*. Aquí es perfecta la analogia; porque la juventud es en los diferentes periodos de la vida, lo que la primavera en las demas estaciones.

Con razon desaprueban esta expresion de Eurípides, *el remo, soberano de los mares*; porque no conviene á semejante instrumento un título tan espléndido. Tambien reprueban esta otra expresion de Gorgias, *segais con dolor lo que sembrasteis con vergüenza*, sin duda porque estas palabras *sembrar* y *segar*, no las ha tomado nadie en sentido figurado, sino los poetas. En fin, se desaprueba á Platon, cuando para decir que una ciudad bien constituida no ha de tener murallas, usa de esta explicacion: que se debe dejar *dormir á las murallas acostadas en el suelo*.

Euclides se dilató sobre los ornatos del discurso, citándome reticencias excelentes, alusiones finas, pensamientos ingeniosos, salidas saladas. Convino en que estas formas no añaden cosa alguna á nuestros conocimientos, y solamente muestran la rapidez con que nuestro espíritu llega á los resultados sin detenerse en las

ideas intermedias. Convino tambien en que ciertos modos de hablar eran alternativamente aprobados ó reprobados por criticos igualmente hábiles.

Despues de haber dicho algo sobre el modo de arreglar la voz y la accion, y de haber recordado que Demóstenes tiene esta última por la primera, segunda y tercera calidad del orador, añadió: en todas partes se acomoda la elocuencia al caracter de la nacion. Los Griegos de Caria, de Misia y de Frigia, son rudos todavía, y parece que no conocen otro mérito que el lujo de los sátrapas, á quienes están sujetos. Sus oradores declaman con entonaciones forzadas, unas arengas sobrecargadas de una abundancia fastidiosa. Los Esparciatas, con costumbres severas y un juicio sano, miran con profunda indiferencia toda especie de fausto; no dicen mas que una palabra, y esta suele contener un tratado de moral ó de política.

Oiga un extranero á nuestros mejores oradores, lea á nuestros mas excelentes escritores, y al punto juzgará que se halla en medio de una nacion civilizada, ilustrada, sensible, llena de ingenio y de gusto: hallará en todos el mismo anhelo, por descubrir las bellezas convenientes á cada materia, y la misma sabiduría en distribuir las; hallará casi siempre estas calidades apreciables, realzadas con ciertos rasgos que

despiertan la atencion, y con gracias picantes, que engalanan la razon.

¡Cuánto se maravillará de oír aun en las obras en que reina la mayor sencillez, una lengua que se equivoca fácilmente con el lenguaje mas comun, aunque dista infinito de él! ¡Cuánto al descubrir aquellos atractivos arrebatadores, que no echará de ver, sino despues de haber intentado en vano trasladarlos á sus escritos!

Yo le pregunté, que cual era el autor que proponia por modelo de estilo. Ninguno en particular, me respondió, y todos en general. No cito á ninguno en particular, porque dos de nuestros escritores que mas se acercan á la perfeccion, como son Platon y Demóstenes, pecan algunas veces, uno por exceso de ornato, otro por falta de nobleza. Digo, que todos en general, porque meditándolos, comparando unos con otros, no solamente se aprende á dar colorido á la diction, sino tambien se adquiere aquel gusto exquisito y puro, que dirige y juzga las producciones del entendimiento: sentimiento rápido, y tan general entre nosotros, que pudiera tenerse por el instinto de la nacion.

Vos sabeis en efecto con cuanto desprecio desecha todo lo que en un discurso está falto de correccion y elegancia; con qué prontitud repara, en las juntas, en una expresion impropia, ó una entonacion falsa; cuanto trabajan nuestros

oradores para contentar unos oídos tan delicados y severos. Los oídos, dije yo, se escandalizan cuando los oradores faltan á la armonía, pero no cuando ofenden á la decencia. ¿No se les oye cada día decirse reprensiones sangrientas, é injurias sucias y groseras? ¿De qué medios se valen algunos para excitar la admiración, si no es del uso frecuente de los hipérbolos, del oropel de la antítesis y demas fausto oratorio, de la acción y de las voces de enérgimenos?

Euclides respondió, que los buenos ingenios desaprobaban semejantes excesos. ¿Pero los desapruueba la nación? le repliqué. ¿No prefiere todos los años en el teatro unas piezas detestables á otras excelentes? Un aplauso pasajero, y logrado por sorpresa ó por arte, me respondió, no asegura la reputación de un autor. Una prueba, le repliqué, de que no es general entre vosotros el buen gusto, es, que todavía teneis escritores malos: uno siguiendo á Gorgias, derrama con profusión en su prosa, todas las riquezas de la poesía: otro entabla, redondea, escuadra, alarga unos periodos, cuyo principio se olvida antes de llegar al fin: otros usan tal afectación, que llega á la ridiculez; testigo el que teniendo que hablar de un centauro, le llamó hombre á caballo sobre sí mismo.

Estos autores, me dijo Euclides, son como los abusos, pues se introducen en todo; y sus

triumfos como los sueños, pues no dejan mas que cierto disgusto. A ellos, y sus admiradores los excluyo de esta nación, cuyo gusto alabo, y está compuesta solamente de ciudadanos ilustrados. Estos son los que tarde ó temprano fijan las decisiones de la muchedumbre; y confesareis que son mas numerosos entre nosotros que en otras partes.

A mí me parece que la elocuencia ha llegado á su mas alto periodo. ¿Cuál será en adelante su destino? Fácil es preverlo, le respondi; se debilitará si os subyuga alguna nación poderosa; y se aniquilará si os domina la filosofía. Mas por fortuna, estais libres de este último peligro. Euclides descubrió mi intención, y me rogó que me explicase. Lo haré así, le dije, con condición de que me disimuleis mis paradojas, y mis yerros.

Yo entiendo por filosofía la razón sumamente ilustrada. Decidme si las ilusiones que se han introducido en el lenguaje, igualmente que en nuestras pasiones, no se desvanecerian á su vista como las fantasmas y las sombras al nacer el día.

Tomemos por juez á uno de aquellos Genios que habitan en las celestiales esferas, y solo se alimentan de verdades puras. Supongamos que está entre nosotros, que pongo delante de sus ojos un discurso sobre la moral, que aplaude la



solidez de los principios, la claridad de las ideas, la fuerza de las pruebas, y la propiedad de los términos. En medio de esto, le digo: este discurso no agrada, si no se pone en la lengua de los oradores; y así es preciso simetrizar los miembros de este periodo, y dislocar esta palabra en este otro, para que resulten sonidos agradables. No siempre me he explicado con este rigor, pues los asistentes no me perdonarán el haber desconfiado de su inteligencia. Este estilo es demasiado sencillo, y hubiera debido realzarlo con rasgos luminosos. ¿Qué son esos rasgos luminosos? pregunta el Genio.—Son los hipérbolos, las comparaciones, las metáforas, y otras figuras que sirven para poner las cosas mucho más allá, ó mucho más acá de su valor.

Bien veo que este lenguaje os causa novedad; pero nosotros los hombres somos tales, que aun para defender la verdad nos es preciso usar de la mentira. Voy á citaros algunas de estas figuras, tomadas, por la mayor parte, de los escritos de los poetas, en donde están diseñadas en grande, y desde donde algunos oradores las trasladan á la prosa. Las citaré como adorno de un elogio que empiece así:

*Voy á hacer para siempre célebre entre los hombres, el nombre de mi heroe.* Deteneos, dirá el Genio: ¿podréis asegurar que vuestra obra la conocerán y aplaudirán en todos los lugares, y

en todos los tiempos? No, le respondo; pero esta es una figura. *Sus abuelos, que fueron el ojo de Sicilia, se establecieron cerca del Etna, columna del cielo.* Yo oigo que el Genio dice en voz baja: ¡el cielo apoyado en una pequeña roca de este globulito que se llama tierra! ¡qué extravagancia! *Manan de sus labios palabras más dulces que la miel; y caen sin interrupcion como los copos de nieve que caen en el campo.* ¿Qué tienen que ver las palabras con la miel y la nieve, dirá el Genio? *Ha cogido la flor de la música, y su lira apaga el rayo abrasador.* El Genio me mira con asombro, y yo continuo: *tiene la perspicacia y la prudencia de Júpiter, el aspecto terrible de Marte, y la fuerza de Neptuno; el número de bellezas que ha conquistado, iguala al número de las hojas de los árboles, y al de las olas que vienen sucesivamente á espirar á las orillas del mar.* Al oír estas palabras desaparece el Genio, y huye á la mansion de la luz.

Aunque se os puede censurar, dijo Euclides, el haber amontonado muchas figuras en un elogio, conozco que nuestras exageraciones falsifican nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, y que irritarian á quien no estuviera acostumbrado á ellas. Pero es de esperar que nuestra razon no quede en una eterna infancia. No os lisonjéis de eso, le repliqué; el hombre no guardaria proporcion con lo demás de la na-